¿Quién se atrevería a suponer que tú, oh Dios infinito y eterno, me amaste desde siglos, más aún, antes de los siglos? Tú me amas desde el momento en que existes como Dios; por consiguiente, me amaste y ¡me amarás siempre!... Aunque yo no existía todavía, tú me amabas ya y, justamente por el hecho de que me amabas, oh buen Dios, ¡me llamaste de la nada a la existencia!...

Para mí creaste los cielos tachonados de estrellas; para mí la tierra, los mares, los montes, los ríos y muchas y muchas cosas hermosas que hay sobre la tierra...

Sin embargo, esto no bastaba. Para mostrarme de cerca que me amabas con tanta ternura, bajaste de las puras delicias del paraíso a esta tierra embarrada y llena de lágrimas; llevaste una vida de pobreza, fatigas y sufrimientos; y en fin, despreciado y escarnecido, quisiste ser colgado entre los tormentos en un lúgubre patíbulo en medio de dos canallas... Oh Dios de amor, ¡me redimiste de esta manera terrible, pero generosa!...

¿Quién se atrevería a suponer?...

Tú no te contentaste con esto; pero, al ver que pasarían diecinueve siglos desde el momento en que fueron derramadas estas demostraciones de tu amor y yo aparecería sólo ahora sobre esta tierra, ¡quisiste proveer también a esto! Tu Corazón no consintió que yo únicamente debiera nutrirme con los recuerdos de tu ilimitado amor. Permaneciste en esta mísera tierra en el santísimo y superadmirable sacramento del altar, y ahora vienes a mí y te unes estrechamente a mí bajo forma de alimento... Tu sangre ahora corre ya en mi sangre; tu alma, oh Dios encarnado, compenetra mi alma, le da fuerza y la alimenta...

¡Cuántos milagros! ¿Quién se atrevería a suponer?...

¿Qué podrías darme todavía, oh Dios, después de haberte también ofrecido a mí en propiedad?...

Tu Corazón, ardiente de amor hacia mí, te sugirió aún otro don; sí, ¡otro don todavía!...

Tú nos mandaste que nos hiciéramos como niños, si queríamos entrar en el reino de los cielos (Mt 18,3). Tú sabes bien que un niño necesita una madre. Tú mismo estableciste esta ley de amor. Por esto tu bondad y tu misericordia crearon para nosotros una Madre, la personificación de tu bondad y de tu amor infinito, y desde la Cruz, en el Gólgota, la ofreciste a Ella a nosotros y nosotros a Ella...

Además, oh Dios que nos amas, estableciste constituirla omnipotente dispensadora y mediadora de todas las gracias. Tú nada le rehusas a Ella, pero tampoco Ella es capaz de rehusar algo a nadie...

¿Quién, pues, podrá todavía condenarse? ¿Quién no alcanzará el paraíso? (SK 1145).

Seguimiento del Señor

Jesús, "Camino al Padre", invitaba a sus discípulos a seguirlo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" *(Mt 16,24).*

De esa manera con su palabra y con sus ejemplos los iba preparando para su gran misión evangelizadora en el mundo entero.

El Padre Kolbe recalcará que nuestro deber y nuestra gloria es seguirlo a Él.

Pero la cruz nos espanta, porque somos débiles y miedosos. Para animarnos, san Pablo escribe: "Si padecemos con Cristo, seremos glorificados con El" *(Rm 8,17).*

El hombre desea ser grande, sabio, rico, célebre, feliz, amante y amado. Sin embargo, ninguna felicidad de este mundo lo satisface enteramente. Desea más, cada vez más.

¿Cuándo finalmente se sentirá satisfecho? Puede también sobrevenirle la más grande felicidad, pero, apenas advierte un límite cualquiera, lo supera con el deseo y dice: "¡Oh, si de algún modo se pudiera anular este límite!..."

¿Cuál es la felicidad que él desea? Una felicidad sin límites, sin algún límite en la intensidad, en la grandeza, en la duración y en todo.

Tal felicidad es sólo Dios, manantial infinito de toda felicidad, que resplandece en diversos grados entre las criaturas.

El alma desea tomar posesión de Dios mismo. Pero ¿de qué manera puede tomar posesión de Él? ¿De qué modo unificarse con tal felicidad?

De la manera más perfecta posible. También en este caso: sin límites. Llegar a ser una sola cosa con Él, hasta llegar a ser Él mismo, Dios.

La estupenda ley de la acción y de la reacción igual y contraria, grabada por el Creador en toda obra de la creación como sello de la vida de la santísima Trinidad, se verifica también aquí. La criatura, salida de la mano del Omnipotente, retorna a Él y no encuentra descanso sino en Él, hasta llegar a ser El. Pero, dados los límites de la criatura, su perfeccionarse y su hacerse semejante a Dios no

pueden realizarse sino por grados, que, aunque diferentes, son siempre limitados; por eso, para alcanzar la meta, es indispensable un tiempo infinito, o sea, la eternidad.

En otras palabras, la criatura será siempre limitada, mientras ilimitada es la distancia a recorrer. He aquí por qué el paraíso es eterno.

¡Oh mi Dios y mi única felicidad! —se queja el hombre—, ¿cómo puedo hacer para conocerte de modo aún más perfecto? Yo veo y admiro tus criaturas, te lo agradezco y te amo; pero ellas no me bastan, como tú sabes muy bien.

Además, no te veo ni te siento. Sin embargo, deseo, según tu voluntad, llegar a ser semejante a ti; pero ¿de qué manera? Tú eres purísimo Espíritu, mientras yo soy carne. Dime qué y cómo debo obrar, y muéstrame mi fin. Indícame cómo debo hacer yo, hombre de carne, para perfeccionarme y para hacerme semejante a ti, purísimo Espíritu, para divinizarme...

Y Dios desciende a la tierra, se hace hombre. El mismo Hombre-Dios, Jesucristo, ofrece el ejemplo de la propia vida y enseña con la palabra.

Las almas que amaban a Dios se lanzaron en masa para reproducir en sí mismas este modelo fundamental, hacerse semejantes a Él, unirse a Él, transformarse en Él.

Para atraer las almas y transformarlas en sí mediante el amor, Cristo manifestó el propio amor ilimitado, el propio Corazón inflamado de amor por las almas, un amor que lo impulsó a subir a la cruz, a permanecer con nosotros en la Eucaristía y a entrar en nuestras almas, y a dejarnos en testamento a su propia Madre como madre nuestra.

Cuanto más lo imita un alma, tanto más semejante a Él se hace; y cuanto más semejante a Él se hace, tanto más santa se hace: se diviniza.

Examinemos, pues, su vida, para reproducirla de la mejor manera posible (SK 1296).

Amar a Jesús con el Corazón de María

¿Cómo amar a Jesús? ¿Cómo dar respuesta —o reacción, diría el Padre Kolbe— a su infinita obra de Amor? ¿Con qué medios? ¿Con qué fervor?

La "reacción" que nos propone san Maximiliano a la "acción" divina, es amar a Jesús con el Corazón de la Virgen. De ahí surge la conveniencia o, mejor, necesidad de consagrarnos a Ella, unirnos a Ella, acudir a Ella, para que de la mano nos lleve a Jesús.

La esencia de la consagración a la Inmaculada es ser de Ella ilimitadamente.

¡Cuántas bellezas en estas palabras: "Ser de la Inmaculada"!

¿Quién es la Inmaculada? ¿Quién lo comprenderá perfectamente? ¡María, Madre de Dios, la Inmaculada, más aún, la misma "Concepción Inmaculada", como Ella misma quiso denominarse en Lourdes!

Lo que quiere decir "Madre" lo sabemos; pero "Madre de Dios" no lo podemos comprender con la razón, con la cabeza limitada. Sólo Dios lo sabe perfectamente.

¿Qué quiere decir la "Inmaculada"? "Concebida inmaculadamente" se entiende algo, pero la "Inmaculada Concepción" está cuajada de consolantísimos misterios.

Si la Inmaculada lo quiere, organizaremos una Academia Mariana para estudiar, enseñar y publicar por todo el mundo quién es la Inmaculada. Una Academia —¡ojalá!— con el doctorado en Mariología. Este es un campo aún poco conocido y muy necesario para la vida práctica, para la conversión y santificación de las almas.

Ella es de Dios. Es perfectamente de Dios, hasta llegar a ser casi una parte de la santísima Trinidad, aunque sea una criatura finita.

Más aún, no sólo es "servidora", "hija", "cosa", "propiedad"... de Dios, sino también ¡Madre de Dios!... Aquí la cabeza da vueltas... casi sobre Dios, como la madre está sobre los hijos y ellos deben reverenciarla.

¡La Inmaculada, Esposa del Espíritu Santo de modo inefable!... Tiene al mismo Hijo con el Padre celestial. ¡Qué familia inefable!...

Y nosotros somos suyos, de la Inmaculada, ilimitadamente suyos, perfectísimamente suyos, somos casi Ella misma. Ella por medio de nosotros ama al buen Dios. Ella con nuestro pobre corazón ama a su divino Hijo. Nosotros llegamos a ser el medio por el cual la Inmaculada ama a Jesús; y Jesús, al vernos a nosotros como propiedad y casi parte de su amantísima Madre, la ama a Ella en nosotros y por nosotros. ¡Qué bellísimos misterios!... (SK 508).

Jesús y su amor a la Virgen

Multiforme es el seguimiento de Jesús: en la vida contemplativa o en la activa, en la evangelización o en el apostolado caritativo, en el seno de un hogar como en la libertad de una "golondrina", en la salud o en la enfermedad...

En una carta a sus religiosos de Niepokalanów, Maximiliano destaca que, en su devoción y consagración a la Virgen, ellos pueden y deben tener por modelo a Jesús mismo.

Sería bueno que, en nuestros diálogos con otros grupos religiosos, tuviéramos muy en cuenta tan interesantes planteos:

Si desean vivir y morir felices, procuren profundizar el amor filial hacia nuestra buenísima Madre celestial.

Jesús fue el primero en honrarla como a su Madre, actuando el mandamiento: *"Honra a tu padre y a tu madre"* (Dt 5,16); y por eso nosotros debemos imitarlo también en esto.

Aunque en tal amor a la Virgen hayamos experimentado no sé qué intimidad y calor, jamás lograremos igualar el amor con que Jesús mismo la amó.

Y nosotros amémosla concretamente, cumpliendo bien todos nuestros deberes, de la mañana a la tarde, porque todo esto es voluntad suya, es voluntad de Jesús. El objetivo es testimoniar nuestro amor a Jesús por medio de María Inmaculada (SK 751).

El Espíritu Santo, esposo de la Inmaculada

Las reflexiones de Maximiliano Kolbe sobre el Espíritu Santo pueden sorprender por novedosas.

Pero las expresiones: "El Espíritu Santo, Esposo de María" o "María, la Esposa del Espíritu Santo" ya se hallan en algunos santos Padres y el mismo san Francisco de Asís las usaba, para ponderar las relaciones peculiares de la Virgen con la tercera Persona de la santísima Trinidad.

¿Cuál es el significado? Como de costumbre, Maximiliano contempla concretamente un misterio, considerando sus relaciones con las distintas personas.

Ante todo, Maximiliano contempla la obra del Espíritu Santo en María, tanto en su persona como en su misión.

Ya que el Espíritu Santo es el Espíritu de amor y de santificación, Maximiliano contempla con indecible admiración la presencia y la obra del Espíritu Santo en la santificación inicial de la Virgen en sus dos conceptos: ausencia de toda mancha y plenitud de toda gracia.

En la misión de la Virgen como Madre del Verbo encarnado, Maximiliano contempla la acción del Espíritu Santo que crea, forma y santifica la humanidad de Cristo en el seno de Ella. De la colaboración del Espíritu y de María fue formado Jesús, el Redentor, como lo proclamamos en el Credo: "Fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo".

Pero esa divina colaboración del Espíritu Santo y de la Inma-

culada, Maximiliano la contempla continuada y desplegada, prolongada y realizada en cada alma en particular.

He ahí, pues, tres momentos de elevado nivel teológico, místico y pastoral. Los mensajes doctrinales de san Maximiliano no brotan tanto de su mente sino de su corazón y de sus "rodillas", o sea, de su humilde oración. Los anhelos más vehementes del santo es que todos recibamos, vivamos y gocemos de tales maravillas de la Gracia.

Obra santificadora del Espíritu Santo

La "Historia de la Salvación" nos habla elocuentemente del progreso tanto histórico como psicológico de la revelación.

La santísima Trinidad no sólo es fuente de la revelación, sino también causa de la redención.

María, como Esposa del Espíritu Santo, colaboró plenamente tanto en la formación de la humanidad de Cristo como en la formación y santificación de las almas.

Como Esposa y colaboradora, la Virgen coopera en la salvación y en la distribución de las gracias.

Maximiliano utiliza textos de san Luis María Grignión de Montfort y de esa manera se recuesta en la autoridad del famoso misionero bretón. El desarrollo del tema es amplio, pero muy enjundioso.

Todos nosotros conocemos lo estrecho que es el nexo que une entre sí las verdades de la doctrina cristiana. Los dogmas católicos brotan los unos de los otros y se perfeccionan recíprocamente. He aquí un ejemplo. Basándose únicamente en la doctrina católica de la unión hipostática de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en la persona del Verbo, los Padres del Concilio de Éfeso proclamaron la divina maternidad de María.

Además, apenas fueron reconocidas las relaciones entre Jesús y María su Madre, tuvo origen entre los católicos la doctrina que afirmaba que la Madre del Salvador había sido preservada de la culpa original. Los católicos no se atrevían ni siquiera a suponer que María hubiese permanecido bajo la esclavitud del demonio ni por un solo instante. De la singular misión de la bienaventurada Virgen María y de su inefable unión con el Espíritu Santo (Inmaculada Concepción), tuvo también origen entre los fieles la maravillosa esperanza de obtener la suave protección de María.

Es evidente que nuestras relaciones con María corredentora y dispensadora de las gracias, en la economía de la redención, no fueron comprendidas desde el comienzo en toda su perfección. Sin embargo, en nuestros tiempos la fe en la mediación de la bienaventurada Virgen María creció siempre más día a día. En este artículo queremos exponer las relaciones entre el dogma de la Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María y el dogma de su mediación.

La obra de la redención depende inmediatamente de la segunda Persona divina, Jesucristo, el cual con la propia sangre nos reconcilió con el Padre y le rindió satisfacción por el pecado de Adán, nos mereció la gracia santificante, las gracias actuales y el derecho de entrar en el reino de los cielos.

Sin embargo, también la tercera Persona de la santísima Trinidad toma parte en esta obra por el hecho de que, en virtud de la redención llevada a cabo por Cristo, transforma las almas de los hombres en templos de Dios, nos hace hijos adoptivos de Dios y nos hace herederos del reino de los cielos. San Pablo afirma: *"Fueron lavados, fueron santificados, fueron justificados en el nombre de Jesucristo, el Señor, y en el Espíritu de nuestro Dios"* (I Co 6,11).

Al penetrar en lo íntimo de nuestras almas el Espíritu Santo, Dios-Amor, nos une con las otras dos Personas. Por este motivo san Pablo escribe en la carta a los romanos (Rm 8,26): *"Nosotros ni sabemos lo que nos conviene pedir; pero el Espíritu mismo intercede con insistencia por nosotros con gemidos inexpresables"*.

Igualmente en la carta a los corintios (I Co 12,8-11) afirma que la distribución de las gracias depende de la voluntad del Espíritu Santo: *"A unos les es dado por el Espíritu el don de sabiduría; a otros el don de ciencia; a unos la gracia de la fe en el mismo Espíritu; a otros la gracia de curaciones en el mismo y único Espíritu. A éstos el poder de hacer milagros; a aquéllos el carisma de la profecía; a unos el discernimiento de los espíritus; a otros el don de lenguas y a otros finalmente la interpretación de las mismas. Todos estos dones son obra de un mismo y único Espíritu, que distribuye a cada uno en particular según le place"*.

Como Jesús, para manifestar su inmenso amor hacia nosotros, se hizo Hombre-Dios; así también la tercera Persona, Dios-Amor, quiso manifestar con algún signo exterior la propia mediación ante el Padre y el Hijo. Este signo es el Corazón de la Virgen Inmaculada, como aparece en los escritos de los santos, sobre todo en los santos que consideran a María, Esposa del Espíritu Santo. Siguiendo

el pensamiento de los Padres, san Luis María Grignión de Montfort saca las siguientes conclusiones:

"El Espíritu Santo, que es infecundo en el interior de la Trinidad, ya que de Él no procede ninguna Persona divina, llegó a ser fecundo por medio de María, que Él eligió como Esposa. Con Ella, en Ella y por medio de Ella realiza la propia obra maestra, es decir, el Verbo encarnado: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (Lc 1,35). Sin embargo, esto no se ha de entender en el sentido que la bienaventurada Virgen diera al Espíritu Santo aquella fecundidad que Él, como Dios, debía tener de la misma manera que el Padre y el Hijo —aunque de hecho no la puso en acto, por el simple motivo que de Él no procede ninguna Persona divina—, sino más bien, en el sentido que el Espíritu Santo quiso servirse de la mediación de María, aunque de ninguna manera la necesitara, para manifestar la propia fecundidad, formando por medio de Ella y con Ella la naturaleza humana de Cristo" (Tratado de la verdadera devoción a María Virgen, I, 1).

También después de la muerte de Cristo, el Espíritu Santo lo obra todo en nosotros por medio de María. Lo que el Creador dijo a la serpiente en relación a María: *"Ella te aplastará la cabeza"* (Gn 3,15), según la enseñanza de los teólogos, ha de ser entendido sin limitación de tiempo.

Es tarea del Espíritu Santo formar hasta el fin del mundo los nuevos miembros de los predestinados del Cuerpo Místico de Cristo. Y esta obra, como san Luis María Grignión demuestra, será llevada a cabo hasta su conclusión con María, en María y por María.

A esta conclusión, es decir, que el Espíritu Santo obra por medio de María, nos conducen los textos de la sagrada Escritura y las afirmaciones de los santos, que son los mejores intérpretes de la sagrada Escritura: *"Yo rogaré al Padre y Él les dará otro Consolador, para que esté con ustedes para siempre, el Espíritu de verdad... El Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, se lo enseñará todo y les recordará todo lo que yo les dije... Cuando venga el Espíritu de verdad, Él los conducirá a la verdad completa... Él me glorificará...* (Jn 14, 16-17,26; 16, 13-14).

San Luis Grignión escribe expresiones de significado más o menos semejantes, pero con referencias a la Inmaculada: "Nosotros no conocemos aún a María y por este motivo no conocemos debidamente ni a Cristo. Con todo, si Cristo fuere conocido y su

reino se estableciere en el mundo —y esto acontecerá, a pesar de todo—, ello será un efecto del conocimiento de María y de su reino en nosotros. En efecto, María que ya una primera vez dio a luz a Jesús por la salvación del mundo, ahora nos hace a nosotros capaces de conocer mejor a Jesús" (Tratado, ídem...).

Como la segunda Persona divina encarnada se manifiesta bajo el nombre de *"simiente de la mujer"* (Gn 3,15), así también el Espíritu Santo, por medio de la Virgen Inmaculada, que Él unió a sí de un modo tan estrecho que nos es francamente imposible comprenderlo plenamente —aun manteniendo la distinción de las dos Personas—, manifiesta exteriormente la propia participación en la obra de la redención.

Por cierto es una cosa diferente de lo que sucede en la unión hipostática de las dos naturalezas, la divina y la humana, en la única Persona de Cristo; pero todo ello no impide de ningún modo que una acción de María sea una perfectísima acción del Espíritu Santo. María, como Esposa del Espíritu Santo y por ende elevada por encima de toda perfección creada, cumple en todo la voluntad del Espíritu Santo que habita en Ella, y esto desde el primer instante de su concepción.

Recogiendo juntas todas estas afirmaciones, es lícito concluir que María, por el hecho de ser la Madre de Jesús Salvador, llegó a ser la corredentora del género humano, mientras por el hecho de ser la esposa del Espíritu Santo toma parte en la distribución de todas las gracias.

Por esto, podemos decir con los teólogos: "Como la primera Eva, con acciones de veras libres, contribuyó a nuestra ruina, en la que ejerció un influjo real, así María con sus propias acciones colaboró en la reparación... En esto se incluye desde ya y de modo clarísimo una mediación auténtica y propiamente expresada" (J. Bittremieux, De Mediatione Universali B. M. V.) (SK 1229).

Toda gracia es fruto del Amor

En sus reflexiones Maximiliano gusta hablar de la circulación de vida y amor en el seno trinitario, como también de una circulación mística de vida y de amor entre la Trinidad, la Inmaculada y las almas.

Dios comunica sus dones que por su absoluta gratuidad llamamos "gracias" *y que, por ser fruto de la redención de Jesús, están teñidos de su sangre.*

Lo que vamos a leer son apuntes de una charla a los Hermanos de Niepokalanów, pero están suficientemente sistematizados para que los comprendamos y disfrutemos. Como de costumbre, Maximiliano considera la gracia y todo don bajo el matiz mariano.

Niepokalanów, ciudad mariana fundada por el mismo santo, era la niña de sus ojos, pero a la vez era un símbolo de una realidad sobrenatural impregnada por profundas vivencias religiosas:

— Todo procede del eterno Padre y retorna a Él por medio del Hijo (Cristo) y el Espíritu Santo (Inmaculada).

— Todo pequeño instante (existencia, actividad) en unión con la Inmaculada; y dado que su unión con Jesús y de Jesús con Dios Padre es perfectísima, por consiguiente a través de la unión con Ella nosotros estamos unidos a Jesús y al Padre celestial.

— Esta unión no consiste en el sentimiento, sino que es un acto de la voluntad, emitido una vez y jamás retirado, aunque uno ya no piense en él.

— En práctica, para no crear un contraste con tal consagración, es bueno renovarla a menudo, repitiendo la invocación: "¡María!"

— Con la mirada dirigida a la Inmaculada.

— Con la intención de agradecer al eterno Padre, al Hijo divino y al Espíritu Santo, o sea, a la santísima Trinidad, por todas las gracias que fueron, son y serán concedidas a la Inmaculada.

— Toda gracia es fruto del amor del Espíritu Santo y de la Inmaculada.

— Las gracias: ↓
Dios Padre
Cristo
Espíritu Santo — Vida de la santísima Trinidad: plenitud de gracia que se derrama sobre nosotros.
Inmaculada, criatura limitada, por el amor del Espíritu Santo hacia Ella. — Fruto: Cristo y los hijos adoptivos de Dios.
Nosotros, criaturas limitadas y heridas, no correspondemos como debiéramos.

— Nuestros dones ↑
Dios Padre
Cristo
Inmaculada, criatura limitada, pura, sin mancha.
Nosotros, criaturas heridas, impuras.

— He aquí el fruto del amor constante de Dios hacia la

Inmaculada: Jesús y sus místicos miembros, las almas de los hombres regeneradas en Él por el Padre y por Ella (el Espíritu Santo).

— Desde la eternidad el Padre engendra al Hijo, mientras el Espíritu Santo procede de ambos.

— Ser cada vez más de la Inmaculada, profundizar la pertenencia a Ella, y por consiguiente desatar cada vez más las alas del amor, sobre todo hacia el sagrado Corazón de Jesús y las manifestaciones de su amor. El seno de la Inmaculada, el pesebre, la infancia en los brazos y bajo la mirada de la Inmaculada, la vida oculta en la casita de Nazaret, la actividad apostólica, la paciencia en las persecuciones, la pobreza..., la muerte en la cruz, la resurrección y la Eucaristía.

— Niepokalanów es como la casita de Nazaret. Dios Padre es el Padre, la Inmaculada es la madre y el ama de casa, Jesús en el santísimo sacramento del altar es el hijo primogénito y nuestro hermano. Todos los hermanos menores, por su cuenta, se esfuerzan por imitar al mayor en el amar y rendir culto a Dios y a la Inmaculada, nuestros comunes padres; mientras de la Inmaculada aprenden a amar al divino Hermano mayor, ejemplo principal e ideal de santidad, que se dignó bajar del cielo, encarnarse en Ella y tomar morada en medio de nosotros en el tabernáculo.

— El mundo entero es una gran Niepokalanów, en el que el padre es siempre Dios, la madre la Inmaculada, el hermano mayor es Jesús presente en los innumerables tabernáculos esparcidos por el mundo, mientras los hermanos menores son los hombres.

— También el paraíso es una Niepokalanów, ya que también allí están el mismo Padre, la misma Madre y el mismo Hermano mayor con su cuerpo (SK 1284).

De la plenitud de Cristo, toda gracia

El evangelista san Juan, después de haber glorificado al Verbo en el seno de la Trinidad, lo pone en relación con el hombre y declara: “De su plenitud todos hemos recibido: gracia tras gracia” *(Jn 1,16).*

A través de apuntes y como en una proyección fugaz, Maximiliano nos ofrece una reflexión sobre el mundo sobrenatural. La fuente de todo es la Trinidad, la meta es el hombre y la Inmaculada es la intermediaria.

Lo que existe o es Dios o procede de Dios.
En la santísima Trinidad Dios es Padre o procede del Padre.
A toda acción corresponde una reacción igual y contraria.
El Padre opera únicamente por medio del Hijo y del Espíritu Santo.
Jesucristo es el Hijo encarnado.
La Inmaculada es el Espíritu Santo de alguna manera encarnado.
En el Padre hay una persona y una naturaleza.
En Jesucristo hay una persona y dos naturalezas.
En la Inmaculada hay dos personas y dos naturalezas, unidas de la manera más estrecha posible (o sea, la Inmaculada misma y el Espíritu Santo).

En un alma justa está presente el Espíritu Santo. Por esto, en la Inmaculada, la criatura más justa, el Espíritu Santo está presente de la manera más perfecta posible. La Inmaculada no es sólo "la concebida sin pecado", sino también "la Inmaculada Concepción" (Lourdes). Por eso, el Espíritu Santo reina en Ella de la manera más perfecta posible.

Toda acción proviene del Padre por medio de Jesús y de la Inmaculada, y llega a las almas; mientras la reacción parte de las almas y, por medio de la Inmaculada y Jesús, llega al Padre.

Entre el Padre y Jesús, y entre Jesús y la Inmaculada hay unión perfecta; sólo entre la Inmaculada y las almas hay muchas cosas para perfeccionar.

De ahí la misión de la Milicia de la Inmaculada: hablar a menudo de la Inmaculada, pensar en Ella, relatar y escuchar sobre Ella.

La Inmaculada es la mediadora de todas las gracias, porque Ella pertenece al Espíritu Santo, en razón de la más íntima y vital unión con el Espíritu Santo. He aquí porqué por medio de Ella se va a Jesús y al Padre.

La causa de la Inmaculada es un misterio propiamente dicho, porque Ella es la Madre de Dios y Dios es infinito, mientras nuestra inteligencia es limitada (SK 1286).

El Espíritu Santo vive en la Inmaculada

La inhabitación trinitaria en un alma es una de las más hermosas verdades y gozosas realidades de la vida cristiana. Sólo debemos lamentar que sea poco conocida y menos vivida.

Por cierto, Dios está presente en todas partes por su inmensidad,

ya que es el Creador; pero la inhabitación trinitaria añade a esa presencia general de la inmensidad dos cosas fundamentales: la paternidad *y la* amistad *divinas, la primera fundada en la* gracia santificante *y la segunda en la* caridad.

La divina inhabitación es un don análogo a la unión hipostática en la persona de Cristo. La divina inhabitación es como la encarnación o inserción en nuestras almas del Dios Uno y Trino.

Arrebatado por su amor, Maximiliano contempla esas dulces realidades en el Corazón de la Inmaculada.

La Inmaculada está unida de manera inefable al Espíritu Santo, por el hecho de ser su Esposa, pero lo es en un sentido incomparablemente más perfecto que lo que tal término puede expresar en las criaturas.

¿De qué género es esta unión? Ante todo, es interior, es la unión de su ser con el ser del Espíritu Santo. El Espíritu Santo mora en Ella, vive en Ella, y esto desde el primer instante de su existencia, siempre y por la eternidad.

¿En qué consiste esta vida del Espíritu Santo en Ella? El mismo es amor en Ella, el amor del Padre y del Hijo, el amor con el que Dios se ama a sí mismo, el amor de toda la santísima Trinidad, un amor fecundo, una concepción.

En las semejanzas creadas la unión de amor es la más estrecha. La sagrada Escritura afirma que serán *"dos en una sola carne"* y Jesús subraya: *"Ya no son dos, sino una sola carne"* (Gn 2,24; Mt 19,6). De manera incomparablemente más rigurosa, más interior, más esencial, el Espíritu Santo vive en el alma de la Inmaculada, en su ser, y la fecunda, y esto desde el primer instante de su existencia y por toda su vida, es decir, para siempre.

Esta Concepción Inmaculada Increada concibe inmaculadamente la vida divina en el seno del alma de María, su Inmaculada Concepción. También el seno virginal del cuerpo de Ella está reservado a Él, que concibe en él en el tiempo —porque todo lo que es material, sucede en el tiempo— también la vida divina del Hombre-Dios.

Y así el retorno a Dios, la reacción igual y contraria, procede por el camino contrario al de la creación. Con la creación tal camino viene del Padre por el Hijo y el Espíritu Santo, mientras aquí, por medio del Espíritu, el Hijo se encarna en el seno de Ella y, por medio de Él, el amor retorna al Padre.

Ella, así inserta en el amor de la santísima Trinidad, llega a ser desde el primer instante de su existencia, para siempre, eternamente, el complemento de la santísima Trinidad.

En la unión del Espíritu Santo con Ella, no sólo el amor enlaza a estos dos Seres, sino que el primero de ellos es todo el amor de la santísima Trinidad, mientras el segundo es todo el amor de la creación; y así en tal unión el cielo se enlaza con la tierra, todo el cielo con toda la tierra, el Amor Increado con todo el amor creado. ¡Es el vértice del amor! (SK 1318).

El Espíritu Santo obra por María

San Maximiliano Kolbe y muchos otros teólogos, al proclamar a María Esposa del Espíritu Santo y Madre del Verbo encarnado, ponderan la universal mediación de la Virgen en orden a las gracias, tanto en su impetración como en su distribución.

Maximiliano nos dice que "el Espíritu Santo obra únicamente por medio de la Inmaculada", es decir, que el Amor divino comunica las riquezas de sus dones a los hombres por medio de María.

Debemos advertir que esa universal mediación no es dogma de fe, sino una elevada doctrina con la que se quiere poner de relieve la cooperación de María en la obra redentora de Cristo, su misión maternal en favor de los hombres y la poderosa eficacia de su intercesión.

El Espíritu Santo está en la Inmaculada, como la segunda Persona de la santísima Trinidad, el Hijo de Dios, está en Jesús; sin embargo existe esta diferencia: en Jesús hay dos naturalezas, la divina y la humana, y una única persona, la divina. En cambio, la naturaleza y la persona de la Inmaculada son distintas de la naturaleza y persona del Espíritu Santo; pero esa unión es tan inexpresable y perfecta que el Espíritu Santo obra únicamente por medio de la Inmaculada, su Esposa.

Por consiguiente, Ella es la mediadora de todas las gracias del Espíritu Santo. Dado que toda gracia es un don de Dios Padre por el Hijo y el Espíritu Santo, no existe gracia que no pertenezca a la Inmaculada, ofrecida a Ella y a su libre disposición.

Así, venerando a la Inmaculada, nosotros veneramos de modo especial al Espíritu Santo; y como la gracia viene a nosotros del Padre por el Hijo y el Espíritu Santo, así con todo derecho los frutos de esta gracia suben de nosotros al Padre en orden inverso, o sea, por el Espíritu Santo y el Hijo; es decir, por la Inmaculada y Jesús.

Es éste el estupendo prototipo del principio de acción y de reacción, igual y contraria, como afirman las ciencias naturales (SK 634).

Iniciativas de Dios en la historia del hombre

Momentos claves de la historia

Las iniciativas de Dios en la historia del hombre tienen momentos claves: creación de los ángeles y prueba; creación del hombre, tentación, caída, pecado original, promesa de la salvación a través de una mujer y renovación de esa promesa en varias páginas del Antiguo Testamento.

En el artículo adjunto Maximiliano nos ofrece el fruto de sus meditaciones, teniendo, como siempre, por eje conductor a la Virgen Inmaculada.

Según el Padre Kolbe, la prueba a la que fueron sometidos los ángeles fueron la manifestación de la Encarnación y la elevación de la Virgen a Madre de Dios.

Debemos dejar asentado que esa hipótesis no halla confirmación en los escritos de los teólogos antiguos y modernos, sino que es aceptada por los escritores de ascética:

— En el pensamiento de Dios
— La prueba de los ángeles
— La promesa en el paraíso terrenal
— En el Antiguo Testamento

En el número incalculable de seres posibles que reproducirían sus diferentes perfecciones, Dios vio también, desde toda la eternidad, a un Ser perfecto bajo cualquier aspecto, no contaminado por

ninguna mancha de pecado y que reflejaba sus atributos divinos de la manera más fiel posible a un ser creado. Se alegró por esta perspectiva y decidió, desde la eternidad, llamar a tal Ser la Virgen, a la existencia en un tiempo determinado.

Creando a los ángeles, Dios quiso que dieran, con plena conciencia y voluntad, la prueba de que siempre y en todo desearían cumplir su voluntad. Les manifestó el misterio de la Encarnación y les anunció que llamaría a la existencia a un ser humano, dotado de alma y cuerpo, y que elevaría a tal criatura a la dignidad de Madre de Dios y que por esa razón Ella llegaría a ser también su Reina y que ellos deberían también venerarla.

Innumerables falanges de espíritus angélicos saludaron con alborozo a Aquélla a la que su Creador había decidido elevar de modo casi sublime y humildemente rindieron homenaje a su Señora. Sin embargo, algunos de ellos, encabezados por Luzbel —olvidando que todo lo que eran y cuanto poseían lo habían recibido de Dios, mientras por ellos mismos eran absolutamente nada—, se rebelaron y no quisieron someterse a la voluntad de Dios. Se consideraron muy superiores a un ser humano revestido de carne. Un tal acto de veneración les pareció un envilecimiento de su dignidad, se dejaron arrebatar por la soberbia y rehusaron cumplir la voluntad de Dios.

A causa de ello se abatió sobre ellos un castigo inmediato y eterno: el alejamiento de Dios, el infierno. Siendo puros espíritus, poseían una inteligencia penetrante. Por eso su acción fue plenamente consciente y voluntaria, y en su culpa fueron evidentes las características del pecado mortal, unidas a la absoluta toma de conciencia de lo que cometían.

He ahí por qué de ángeles llegaron a ser inmediatamente demonios, y para siempre. Desde entonces, el recuerdo de aquella Criatura llegó a ser la confirmación de los ángeles buenos y el seguro de su felicidad eterna, mientras que para los demonios fue la piedra de escándalo y la causa de su alejamiento de Dios, colmando a estos últimos de odio infernal hacia Ella, un odio semejante al que ellos tenían con respecto a Dios, del cual Ella debía ser una imagen tan fiel.

En el paraíso terrenal Satanás advierte a un ser semejante a Aquélla que es el objeto de su rabia. No logra alcanzar a Dios ni logra alcanzarla a Ella, sino que vuelca su odio sobre la futura

madre de Ella y progenitora de la humanidad, Eva. Y logra persuadirla a que se oponga a la voluntad de Dios y a que busque la perfección no en la sumisión a las intenciones de Dios, sino en secundar su propio razonamiento. La vence con el orgullo.

El ser humano, que acrecienta los propios conocimientos con la ayuda de los sentidos, está lejos de la claridad de conocimiento que un ser puramente espiritual posee.

Es justamente por eso que el pecado del hombre es mucho menos grave. He ahí por qué la misericordia de Dios promete a los progenitores un Redentor, mientras a Satanás Dios le predice que la victoria obtenida sobre Eva, la madre del Ser preanunciado, no modifica de ninguna manera los planes divinos; más aún, le predice que *"Ella le aplastará la cabeza"*, aunque *"él insidie"* continuamente, como sucede hasta el día de hoy, *"el calcañar de Ella"* (Gn 3,15).

Más adelante, en el transcurso de los siglos, Isaías ve a aquella Mujer en las inspiraciones proféticas y predice: *"He ahí: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, al que llamará Emanuel"* (Is 7,14).

"El que me creó, puso su morada en mi tabernáculo" (Sir 24,12).

"¿Quién es ésta que surge cual la aurora, bella como la luna, refulgente como el sol, imponente como ejércitos en orden?" (Ct 6,10).

"Toda hermosa eres, amiga mía, y en ti no hay mancha. Como la azucena entre las espinas, así mi amiga entre las doncellas" (Ct 4,7; 2,2).

"Nada de inmundo cae sobre ella, porque es el esplendor de la santidad, un espejo sin mancha de la majestad de Dios, y una imagen de su bondad. Es más hermosa que el sol y que toda constelación de astros y, comparada a la luz, resulta superior" (Sb 7, 25-26,29) (SK 1311).

Jesús y María, indisolublemente unidos

En muchas oportunidades Maximiliano toca el tema de la creación como iniciativa primaria del Amor de Dios; pero su mente y su corazón se centran en sus dos amores: Jesús y María.

Deseoso de divulgar sus IDEALES marianos, en el año 1930 el Padre Kolbe se dirigió al Japón, donde fundó una misión y, fiel a sus empeños apostólicos, estableció la revista "Mugenzai no Seibo no Kishi", *que significa* "El Caballero de la Santa Madre sin pecado original".

En el artículo siguiente, publicado en el "Mugenzai...", Maximiliano nos ofrece sus reflexiones sobre algunos aspectos de la "Historia de la Salvación".

Es de todos conocido que María, quien engendró al Fundador de la religión cristiana, Jesucristo, es llamada "Madre santa Inmaculada". Con todo, pienso que existan muchos que desean conocer con mayor precisión el significado del término "Mugenzai" (= falta de pecado original). Procuraré explicar brevemente el significado de este vocablo.

La Iglesia llama "bien" lo que está conforme con la voluntad de Dios y "mal" lo que le es contrario. Desgraciadamente la experiencia diaria nos demuestra claramente que los hombres cometen pecados.

El pecado original es el primer pecado cometido en esta tierra.

Todos los seres humanos descienden de los mismos progenitores; y por esto, aunque se diferencien por la raza, el color de la piel o la nacionalidad, según la doctrina de la Iglesia católica, ellos están emparentados entre sí y son hermanos. La Iglesia enseña también que los progenitores del género humano cometieron el primer pecado sobre la tierra; por consiguiente, el tierno amor que Dios Creador había comunicado al género humano y que había hecho de éste último la obra maestra de Dios sobre la tierra, se perdió.

Además, la Iglesia reconoce que el pecado, considerado desde cierto punto de vista, es un mal infinito. Evidentemente el hombre es limitado; por esto no es partiendo de él que afirmamos que el pecado es un mal infinito; pero, al considerarlo desde Dios, al que el hombre se rebeló por la primera vez en el paraíso terrenal, nos damos cuenta de que el pecado es un mal infinito.

Me explico con un ejemplo. La gravedad del pecado de una persona común depende de la dignidad del que es ofendido, o sea, se debe considerar si el que recibe la ofensa es del mismo rango del que la cometió, o notablemente más elevado en dignidad. Cuanto más alta es la dignidad de la persona ofendida, tanto más grave será el pecado. Si la dignidad de la persona ofendida fuere infinita, como en el caso de Dios, este pecado asumiría el carácter de mal infinito. Para expiar tal pecado infinito, no bastaría una reparación limitada. La justicia exige que la reparación sea proporcional al pecado, es decir, exige una reparación infinita por el pecado.

De ello se deduce que ni el hombre más santo, por el hecho que

es limitado, más aún, ni todos los hombres tomados en conjunto son capaces de reparar un pecado cometido contra Dios.

La Iglesia cree que Dios decidió usar misericordia hacia la humanidad decaída y, para ofrecer satisfacción a las exigencias de la justicia divina conculcadas por los pecados de los hombres, envió al mundo al propio y único Hijo.

El Hijo de Dios, al descender a este mundo, no eligió el camino ordinario de los hombres, sino que se encarnó en el seno de una Virgen, María, y se hizo hombre. María engendró al Hijo de Dios sin perder la gloria de la virginidad.

Jesucristo, al hacerse hombre, eligió una vida pobre y al fin, al morir en una cruz, rindió a la justicia divina una satisfacción sobreabundante. Después de su resurrección de los muertos, Él proclamó la satisfacción por el pecado y mandó a sus discípulos que bautizaran (a todos los hombres) en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

La Iglesia cree que, mediante el bautismo, instituido por Cristo, la satisfacción que Él logró se comunica a toda alma. La sangre de Cristo, derramada en la cruz, lava del pecado al alma y le restituye la dignidad de hijo de Dios.

La Iglesia católica cree que, a pesar de la ley universal según la cual todos los hombres nacen contaminados por el pecado original, por una especial gracia divina sólo María, la Madre de Dios, desde el primer instante de su existencia, evitó el pecado original y, en razón de su ilimitada pureza e infinita santidad, llegó a ser digna Madre del Hombre-Dios. Por todo ello, la Iglesia católica llama a María "Inmaculada", "Madre santa", o"Virgen concebida sin mancha de pecado".

La explicación que procuré dar es muy simple; sin embargo, si ella ayudara a los lectores a obtener un poco de luz para aclarar sus dudas, estaría muy feliz (SK 1203).

El libre albedrío y su uso

El libre albedrío es un gran don de Dios, pero hay que saber usarlo para el bien, porque usarlo para el mal es abuso; y, además, hay que perseverar en el bien.

En todo, la humildad, la oración y la confianza son armas invencibles.

Conocí a jóvenes que amaban mucho a la Inmaculada, nuestra

común Madrecita; pero después tomaron un camino equivocado.

¿Por qué?

¿Fue, quizás, la Inmaculada misma a alejarlos de sí?

¡Jamás de los jamases!

¿Qué sucedió, pues?

Nosotros poseemos el libre albedrío. Ni Dios ni la Inmaculada quieren coartar nuestra voluntad. Entonces, si nosotros queremos, podemos abandonar a Dios en cada instante, podemos abandonar a la Inmaculada, podemos perdernos para siempre. ¡Basta que lo queramos!

¡Qué tremenda verdad! Sin embargo, si nosotros no tuviésemos el libre albedrío, no podría existir el mérito, tampoco podría existir la recompensa, no podría existir el paraíso.

San Alfonso María de Ligorio temblaba al pensar que no sabía si perseveraría hasta el fin y se preguntaba...

Me di cuenta que el diablo procura, ante todo y con cualquier pretexto, privar a la propia víctima de la Medalla Milagrosa de la Inmaculada. Hecho esto, lo demás le será muy fácil (SK 1265).

Aflicciones, luchas, desánimo

La vida es lucha, bajo un cielo encapotado... Males y achaques en el cuerpo, problemas morales y espirituales, esperanzas fallidas, desaliento, depresión...

¿Qué hacer para atisbar un poco de luz y buscar serenidad?... Confiemos ilimitadamente en Dios por medio de la Inmaculada.

A veces, ¡la vida es tan dura! Parece que estamos en un callejón sin salida. No se perfora una pared con la cabeza. Y la vida es triste, dura, terrible a veces, y desesperada.

¿Por qué?

¿Es así tan terrible vivir en este mundo?

Acaso, ¿no lo sabe todo Dios? Acaso, ¿no es Él omnipotente? Acaso, ¿no están en sus manos todas las leyes de la naturaleza e incluso todos los corazones de los hombres? ¿Puede, quizás, suceder algo en el universo sin que Él lo permita?...

Y si es Él quien lo permite, ¿puede quizás permitir algo en contra de nuestro bien, de un mayor bien, del máximo bien posible?...

Aun en el caso en que por un breve instante nosotros recibiéramos una inteligencia infinita y lográramos comprender todas las

causas y los efectos, no elegiríamos para nosotros mismos nada distinto de lo que Dios permite, porque, siendo infinitamente sabio, Él conoce perfectamente lo que es mejor para nuestra alma. Además, siendo infinitamente bueno, quiere y permite sólo lo que nos sirve para nuestra máxima felicidad en el paraíso.

Entonces, ¿por qué a veces nos hallamos tan abatidos?

Porque no vemos la relación que existe entre nuestra felicidad y aquellas circunstancias que nos afligen; más aún, en razón de las limitaciones de nuestra cabeza —¡ella entra sólo... en un gorro o en un sombrero!—, no somos capaces de conocer todo.

¿Qué debemos hacer, pues?

Confiar en Dios. Mediante tal confianza, aunque no comprendamos directamente las cosas, nosotros damos a Dios nada menos que una gran gloria, porque reconocemos su sabiduría, su bondad y su potencia.

Confiemos en Dios, pues, pero confiemos sin límites. Nosotros confiamos que, si nos preocupamos sólo por cumplir su voluntad, no nos podrá suceder ningún mal verdadero, aunque tuviéramos que vivir en tiempos mil veces más difíciles que los actuales.

Entonces, ¿no hay que preocuparse por prevenir y alejar las dificultades?

¡Todo lo contrario! Se puede y se debe hacerlo. En cuanto dependa de nosotros, debemos hacer todo lo que sea posible para eliminar las dificultades en el camino de nuestra vida, pero sin inquietud, sin congoja y, más aún, sin desesperada incertidumbre. Estos estados de ánimo no ayudan a resolver las dificultades y, más bien, nos hacen incapaces de una sabia, prudente y rápida operosidad.

Además, en cada cosa no olvidemos de repetir con Jesús en el Huerto de los Olivos: "¡No se haga, oh Padre, mi voluntad sino la tuya!" (Lc 22,42). Y si, como sucedió en el Huerto de los Olivos, Dios cree oportuno no acoger nuestra petición y nos envía un cáliz que deberíamos beber hasta la última gota, no olvidemos que Jesús no sólo sufrió, sino que también, después, resucitó gloriosamente. Recordemos, además, que nosotros estamos encaminados hacia la resurrección también a través del sufrimiento.

¿Qué más? Nosotros nos apegamos demasiado a esta mísera tierra. ¿Qué sucedería si de vez en cuando no nos punzara alguna espina? Si así sucediera, nos vendría, quizás, el antojo de construir un paraíso nuestro en esta tierra de polvo y de barro.

Confiemos, pues, confiemos ilimitadamente en Dios por medio de la Inmaculada, y procuremos, según las posibilidades de nues-

tra mente y de nuestras fuerzas, correr a las defensas, pero con serenidad, depositando la confianza en la Inmaculada y poniendo siempre la voluntad de Dios por encima de la nuestra.

Entonces las cruces llegarán a ser para nosotros —como es justo que lo sean— peldaños hacia la felicidad de la resurrección en paraíso (SK 1264).

La guillotina y las búsquedas de felicidad

El Padre Maximiliano era un artista para "armar" encuentros, charlas y debates.

Su rica sensibilidad, su cultura teológica y su elevada espiritualidad le permitían enfrentar los grandes temas con altura, claridad y eficacia apostólica.

De una fricción de hojas de guillotina brota un diálogo chispeante, amplio, amistoso y sabroso sobre una temática acuciante y de perenne validez: el hombre, sus búsquedas, la felicidad, Dios, la eternidad... ¡No tiene desperdicio!...

16 de diciembre de 1926. Subo a un coche ferroviario y con algún esfuerzo logro ubicar un paquete bastante largo. Un rumor de hierros que frotan entre sí delata el contenido del paquete.

"Son hojas de una guillotina de encuadernación", me dice un hebreo de barba ya encanecida, sentado delante de mí.

"¡Exactamente!" —confirmo yo.

"Yo lo sé, porque tengo nada menos que tres grandes máquinas para la encuadernación; pero ahora ya no hay tanto trabajo como en el pasado".

"Estoy llevando estas hojas para que las afilen; y Ud. ¿adónde lleva las suyas para afilar?" —pregunto.

Me indica la empresa y me hace entender que tiene ganas de prolongar la conversación. Por eso le preguntó así a quemarropa:

"Perdone, ¿podría preguntarle qué finalidad tiene Ud. en la vida?"

"¿Qué finalidad?"

"¿A qué aspira, Ud.? ¿Qué desea en última instancia?"

"Ser honesto, no hacer mal a nadie. Así la gente podrá decir: "¡Ese sí que es un caballero!"

"¿No le parece demasiado poco?"

"¿Demasiado poco? Una buena opinión vale muchísimo".

" Y si para hacer el bien a los demás, uno topa quizás con la

ingratitud (como a menudo sucede), ¿qué hacer entonces? En tal caso, ¿vale la pena ser honesto?"

" Es verdad: esto no basta".

"¿Ud. no ve ninguna otra cosa más allá de la muerte?" —interviene un intelectual que está sentado al lado (un abogado, como se entendió más tarde).

"¿Qué sabemos nosotros de ello? Ponen a un hombre bajo tierra y allí está cómodo. No necesita comer, ni beber, ni pagar el alquiler. Pues bien, si se pudiera vivir sin comer, sería hermoso vivir en este mundo".

"Yo sólo deseo morir lo más pronto posible —replica otro joven, también hebreo—. ¿Qué vida es ésta cuando no hay interés alguno? Sería cosa óptima si los hombres no amaran tanto el dinero. Entre nosotros, en la sagrada Escritura se dice que el rabino debe ser una persona que no ama el dinero".

"Quizás, ¿está escrito en el Talmud?" —corrijo yo.

"Sí, en el Talmud —repite el otro—. Sólo en aquel caso, el rabino puede juzgar con justicia; con todo, también los rabinos aman el dinero. La cosa mejor sería ir cuanto antes al otro mundo".

"Pero ¿qué hay en el más allá, en el otro mundo? Todo se acaba aquí" —interviene el hebreo anciano.

"Ustedes, señores, son de la misma confesión religiosa y probablemente estarán de acuerdo sobre este punto" —continúo yo.

"Entre nosotros esta cosa no se enseña con claridad" —añade el joven.

"Ud. que estudió este problema —me dice el hebreo anciano—, tenga a bien decirnos cuál es su opinión".

"Ciertamente: es suficiente que observemos dentro de nosotros. Acaso, ¿no es verdad que nosotros queremos vivir largo tiempo?".

"Yo no, porque es menester sufrir demasiado".

"¿Y si todo anduviera a velas desplegadas y todos los bienes estuvieran esparcidos en todas partes en gran abundancia?"

"¡En el mundo las cosas no son así!"

"¿Y si lo fueran?"

Se le iluminaron los ojos melancólicos.

"Si lo fueran de veras, entonces sí".

"Sin embargo, ¿por cuánto tiempo? ¿Tal vez, el más largo posible?"

"Es evidente".

"En conclusión, nosotros deseamos vivir, pero sin sufrimientos, vivir felices pero no de una felicidad cualquiera. Quisiéramos que

ella aumentara continuamente en lugar de disminuir. Más aún, la misma toma de conciencia de cualquier límite insuperable a lo largo del camino de esta felicidad sería ya para nosotros el ofuscamiento de la felicidad. Nosotros deseamos la felicidad, pero una felicidad sin límites".

"¡Es así nomás!"

"No sólo, sino que queremos que esta felicidad dure largamente, lo más largamente posible, sin fin".

"¡Sí!"

"Semejante felicidad sin límites, evidentemente, no la hallamos en este mundo limitado. Tal felicidad sólo puede ser Dios infinito y eterno: el paraíso".

"Todos nosotros aquí presentes deseamos esta felicidad y todo hombre, sin distinción de nacionalidad, vive de tal deseo. Eso deriva, pues, de algo que es común a todos nosotros: de la naturaleza humana.

"¿Podría Dios, que también dio las facultades y las tendencias naturales para que consigan su fin —el ojo para ver los objetos visibles que existen en la realidad, el oído para percibir sonidos que existen de veras...—; podría Dios dar al hombre un deseo superior, porque es intelectual, y no ofrecerle la posibilidad de satisfacerlo?

"Tal deseo, en todo caso, sería inútil. Un Dios que creara en la naturaleza este frenesí, de alguna manera inextinguible, hacia la felicidad con la explícita intención que no tuviera ningún límite, pero no ofreciera la satisfacción de este ardiente deseo, no obraría ni con razonabilidad ni con bondad, en una palabra, no sería Dios. Una tal felicidad debe, pues, existir.

"Ello está confirmado, casi a pesar de las argumentaciones de los más variados sabihondos grandes y pequeños, por numerosas apariciones de los que ya se alejaron de este mundo y al presente gozan ya de la felicidad eterna y nos ayudan eficazmente a nosotros que vivimos aquí en la tierra.

"En estos últimos tiempos, una verdadera "lluvia de rosas", de las más diversas gracias, fue enviada por santa Teresa del Niño Jesús, muerta no hace mucho tiempo y ya canonizada, cuya hermana es actualmente superiora de las Hermanas Carmelitas de Lisieux.

"He ahí nuestra meta común" (SK 1116).

Hijos de Dios en el Hijo

Cada nuevo día nos plantea el sentido de la vida; cada ocaso nos

plantea el llamado del más allá. Cada Navidad nos interpela acerca de la venida del Hijo de Dios: "¿Para qué se encarnó Jesús en la Virgen y nació en Belén?" San Agustín condensó admirablemente toda la sabiduría cristiana en esta frase: "Dios se hizo hombre, para que el hombre se hiciera Dios".

Dada la unidad del Cuerpo Místico de Cristo, la Virgen que formó al primer Hijo de Dios, debe continuar su misión maternal de formar a los hijos de Dios a semejanza de su Hijo primogénito.

Oh Inmaculada Virgen Madre, con mi cohermano Duns Scoto yo me dirijo a ti en humilde plegaria: "Concédeme que te alabe, oh Virgen santísima, y dame fuerza contra tus enemigos".

A decir la verdad, el lenguaje humano es incapaz de hablar de cosas celestiales y san Pablo afirma justamente que *"ni siquiera entró en el corazón del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman..."* (I Co 2,9).

¿Qué hacer, pues, para comprender y expresar lo que Dios preparó en ti, por medio de ti?...

I.- ¿Para qué vivimos en la tierra?

"El corazón del hombre está inquieto hasta que descanse en ti, oh Dios", confiesa san Agustín, después de haber buscado larga e inútilmente la felicidad fuera de Dios. Por experiencia personal, todos sentimos que no nos puede bastar algo limitado. Dios sólo, pues, puede ser nuestro fin.

Conocer a Dios, amarlo, apoderarse de Él, unirse a Él, transformarse de algún modo en Él, divinizarse, llegar a ser como el Hombre-Dios. Pero, al ser Dios infinito, jamás la criatura logrará tal meta (en la eternidad). (¿Cómo llegar a ser Espíritu?).

II.- El justo cae siete veces (Pr 24,16).

Viene al mundo la Inmaculada, la criatura sin la más mínima mancha de pecado, obra maestra brotada de las manos divinas, la llena de gracia. Dios uno y trino dirige la mirada a la pequeñez —o sea, a la humildad, el fundamento de todas las virtudes presentes en Ella— de su sierva y *"Aquel que es omnipotente"* obra en Ella *"grandes cosas"* (Lc 1,49).

Dios Padre le confía como hijo al propio Hijo, Dios Hijo desciende a su seno, mientras el Espíritu Santo plasma el cuerpo de Cristo en el vientre de la Virgen purísima. *"Y el Verbo se hizo carne"* (Jn 1,14). La Inmaculada llega a ser Madre de Dios. Cristo, Hombre-

Dios, es el fruto del amor de Dios uno y trino y de María Inmaculada.

III.- A imitación de este primer Hijo de Dios, del Hombre-Dios, infinito, han de formarse de ahora en adelante los hijos de Dios.

Reproduciendo las semblanzas del Hombre-Dios, imitando a Cristo el Señor, las almas tenderán a la santidad. Con cuanta mayor precisión reproduce uno en sí mismo la imagen de Cristo, tanto más se acerca a la divinidad, se diviniza, llega a ser Hombre-Dios. (Es el desposorio del alma con Cristo, gracias a la semejanza y a la acción divina).

Por lo tanto, el que no quiere tener a María Inmaculada por Madre, no tendrá tampoco a Cristo por hermano. Dios Padre no le enviará al Hijo, el Hijo no descenderá a su alma, el Espíritu Santo no formará con sus gracias el cuerpo místico según el modelo de Cristo. Todo ello acontece en María Inmaculada, llena de gracia, y únicamente en María.

Ninguna otra criatura ni es ni será inmaculada ni llena de gracia; y por esto no es conveniente que "el Señor esté con ella" (Lc 1,28) de un modo tan estrecho como lo estuvo con la Virgen Inmaculada. Y como el primogénito, el Hombre-Dios, no fue concebido sino después del explícito consentimiento de la Virgen celestial, lo mismo, y no de otra manera, sucede con las otras criaturas humanas, que en todo y cuidadosamente deben imitar a su Prototipo.

En el seno de María el alma ha de renacer según la forma de Jesucristo. Ella debe nutrir el alma con la leche de su gracia, formarla delicadamente y educarla, de la misma manera como nutrió, formó y educó a Jesús. Sobre sus rodillas el alma debe aprender a conocer y a amar a Jesús. De su corazón debe sacar el amor hacia Él; más aún, amarlo con el corazón de Ella y llegar a ser semejante a Él por el camino del amor.

El diablo sabe que éste es el único camino y que toda gracia llega al alma por medio de la Inmaculada; por esto procura desviar al alma de tal camino: insinúa la soberbia.

¿Cómo consagrarse a la Inmaculada?... (SK 1295).

Llamamiento al heroísmo

Tanto la psicología popular como la científica nos dicen: "Vale

lo que cuesta"; o sea, tiene valor lo que puso en movimiento la creatividad del hombre, sus deseos de conquista, sus ansias de satisfacción, su mayor espíritu de entrega.

Si toda inquietud y todo avance religioso merecen aprecio, el seguimiento de Cristo con la cruz a cuestas es la máxima forma del amor y del servicio.

Maximiliano dirige un llamamiento ascético-místico al heroísmo y al gozo de seguir a Cristo.

A veces se escuchan expresiones como éstas: "La religión católica es difícil respetarla; sus prescripciones son duras..."

Sin duda, toda prescripción de ley limita la libertad del hombre y por ello es ya algo duro; mucho más lo es si ella manda algo para lo cual la naturaleza no siente propensión alguna o, peor, experimenta repugnancia y posee una inclinación contraria.

A pesar de todo, existen leyes, prescripciones y mandatos.

Y no puede ser de otra manera. Cuando queremos conseguir una meta cualquiera, debemos necesariamente renunciar a todo lo que se opone a tal meta y debemos utilizar lo que a ella conduce. Quien, por ejemplo, se prepara para partir de Poznán y dirigirse a Cracovia, no puede ir hacia septentrión, sino que debe dirigirse hacia la región meridional. No puede encaminarse ni hacia occidente ni hacia oriente, aunque se sienta atraído por la belleza de la naturaleza y la facilidad del recorrido.

Lo mismo sucede también con respecto al fin último del hombre, para lograr el cual todo lo que posee en la vida debe servirle como medio. Debe dejar de lado todo lo que se opone al fin último y debe utilizar los medios que a él conducen.

Las variadas metas que el hombre tiene en la vida tienen valor sólo en la medida en que lo llevan a la meta final. Si lo desvían de ella, son dañinas y debe apartarlas, incluso si bajo otros conceptos fueran muy seductoras. He ahí el motivo por el cual ha de haber alguna dificultad y fatiga en tender hacia el alcance de una meta, sobre todo cuando se trata de la meta más importante: la última meta.

La experiencia demuestra que nosotros apreciamos mayormente lo que conquistamos con gran esfuerzo de trabajo, a diferencia de lo que obtenemos con facilidad. Si consiguiéramos la salvación eterna sin dificultad alguna, no seríamos capaces de apreciarla tanto como cuando la conquistáramos con esfuerzos incesantes.

Recordemos también esto. Si tenemos un amigo que para

nosotros no hizo nada arduo, no sabríamos aún si su amistad es auténtica; pero cuando soporta por nosotros dificultades y sufrimientos, entonces tenemos la demostración de la autenticidad de su amistad.

Más aún, la verdadera amistad saborea la felicidad de sufrir por la persona amada. Nada de extraño, pues, que los santos hayan hallado su paraíso aquí en la tierra no en los placeres, en los honores y en las riquezas, sino en la pobreza, en las humillaciones y en los sufrimientos aceptados por amor a Dios.

El seráfico san Francisco abandona la rica casa natal para hacerse voluntariamente pobre. Santa Teresa de Jesús exclamaba:"¡O sufrir o morir!", porque consideraba carente de significado una existencia carente de sufrimientos por amor a Dios. Santa Magdalena de Pazzi, en el éxtasis del amor hacia Dios, decía: "¡Sufrir, mas no morir!"

Esta es la fuerza y el consuelo interior que Dios ofrece a los que, por su amor, no vacilan en caminar en las huellas de Jesús crucificado y en crucificar sus inclinaciones naturales siguiendo las prescripciones de su religión. Jesús mismo enseñó explícitamente: *"Mi yugo es suave y mi carga ligera"* (Mt 11,30), animando así a las almas temerosas a tomar sobre sí el yugo y la carga de su religión (SK 1190).

Reflexionar sobre los grandes destinos

El Padre Maximiliano, estando en el Japón, asistió a los grandes festejos del Año Nuevo (= "Shogatsu") y quedó fascinado.

Por cierto en todas partes se celebran grandes festejos y se hace ostentación de pompas y teatralidades; pero todo está signado por lo relativo y lo precario. Siquiera de vez en cuando, el hombre cuerdo debe reflexionar sobre sus grandes destinos y debe dejarse iluminar por las grandes verdades.

El año pasado admiramos los adornos de Año Nuevo; y también los habrá en ocasión del Año Nuevo próximo.

En todo ello hay cosas seguras y otras inciertas. Es cierto que admiramos la pompa (= "Shogatsu") del año pasado; ahora estamos admirando la de este año. Pero, ¿veremos nosotros la del año venidero? No lo sabemos.

No debemos tener miedo de reflexionar acerca de la verdad, aunque nos parezca desagradable, porque la verdad es siempre

útil. No sabemos, pues, si podremos admirar el próximo "shogatsu", porque cada año se alejan de este mundo tanto viejitos y personas de media edad como jóvenes y hasta niños, y no sabemos cuándo llegará nuestra hora.

Sin embargo, una cosa es segura y la conocemos con absoluta certidumbre: desde el "shogatsu" pasado nos acercamos a la muerte, el tiempo de un año entero. Esto es cierto. Cada día que pasa nos acercamos a la muerte un día entero, cada hora una hora, cada minuto un minuto. Esto es cierto. Y esto atañe a todos los hombres en particular, en cualquier parte del mundo, en cualquier nación, a los pobres y a los ricos, a los iletrados y a los doctos, a los grandes, a los poderosos y a los humildes, sin excepción alguna.

Muchos no gustan pensar en esta realidad y se hacen semejantes al avestruz, el cual, cuando no logra más huir de la persecución, esconde su cabeza en la arena, seguro de no ver al que lo está cazando.

Sin embargo, nosotros nos damos ánimo y vamos más lejos: "¿Qué habrá después de la muerte? ¿Habrá otra vida o no?" Si Dios existe, ha de ser justo. Desgraciadamente, en esta vida a menudo no existe la justicia; por ende ella tiene que existir en la otra vida, después de la muerte. ¡Paraíso o infierno, pues!

De la boca de dos propagandistas del budismo llegué a saber que ellos enseñan la existencia del paraíso y del infierno, pero en realidad muestran lo contrario: no creen en ellos. Yo intervine: "Ustedes de esta manera engañan a la gente". Su respuesta fue: "Shigata ga nai", o sea, "No hay nada que hacer".

No está permitido enseñar cosas que no son verdaderas. Si el paraíso y el infierno no existen, todos deben conocer la verdad; pero, si existen, entonces esto debe valer para todos, porque delante de Dios todos los hombres son iguales. Si Dios existe, un Dios infinitamente perfecto, entonces Él debe ser infinitamente sabio, bueno y justo; por ende, cada uno, después de la muerte, le dará cuenta de todo pensamiento, palabra y acción, y recibirá una justa recompensa o un justo castigo.

El pensar en estas cosas excita los nervios; por eso muchas personas, espiritualmente más débiles, al no tener la fuerza de cambiar de vida, niegan incluso la existencia de Dios, aunque no tengan ni una prueba para poder sostener tal afirmación.

Cualquier árbol, colmado de flores y después de frutos, grita a gran voz que sería absurdo afirmar que todo ello aconteció sin un Creador. El cual quiso estructurar el árbol de modo tan sabio, que

pudiera hundir las raíces en la tierra para absorber la humedad, pudiera extender las ramas hacia lo alto, pudiera desplegar las hojas ante los rayos vivificantes del sol e hiciera brotar delicadamente las flores multicolores que atraen a los insectos. Estos insectos sacan de ellas el dulce néctar, y con el transporte del polen permiten a las mismas flores llegar a ser frutos con sus semillas, las que, plantadas en la tierra, serán capaces de reproducir un árbol semejante a aquel del que tuvieron origen.

El que observa la naturaleza con mucha serenidad, no puede dejar de sonreír ante la insolencia del ateísmo.

También al Japón llegan libros escritos por tales personas espiritualmente débiles, son traducidos con entusiasmo al idioma japonés y muchos, a veces, absorben acríticamente su contenido. Olvidan que también ellos poseen una inteligencia, a cuyo juicio ha de ser sometido todo lo que se escucha y se lee, aunque los nombres de aquellos oradores y de aquellos escritores ya llegaron a ser famosos en el mundo entero.

También las causas de la fama, pues, pueden ser diferentes (SK 1268).

Madre de Dios y Madre de la Iglesia

Ansias marianas

"Historia" quiere decir sucesión de hechos concretos, conocibles y con relación de causas y efectos.

La "Historia de la Salvación" es el despliegue de las iniciativas de Dios en la historia del hombre: dos interlocutores, dos protagonistas, pero una sola meta.

San Pablo compendia así esa extraordinaria comunicación de dones, gracias, favores: "En muchas etapas y de muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros antepasados por ministerio de los profetas. Y en estos tiempos, que son los últimos, nos habló por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien creó los mundos" *(Hb 1,1-2).*

El Hijo de Dios, al hacerse hombre, escogió a una mujer, María, y la hizo Madre suya.

El Padre Maximiliano Kolbe, apremiado por su amor a la Virgen, desea que todos la conozcan, amen y sirvan, para que sea mejor conocido, amado y servido Dios. Con ese fin nos va a brindar gavillas de meditaciones marianas para nuestra alimentación espiritual.

Su medio preferido para hacerla conocer, era la revista: "El Caballero de la Inmaculada".

Cada uno de nosotros también tiene múltiples recursos, para

conocerla y hacerla conocer. Basta tener un poco de creatividad y un poco de fuego.

¿Cuándo acontecerá, oh Madrecita mía Inmaculada, que tú llegues a ser la Reina de todos y de cada alma en particular? ¿Cuándo?...

Mira: ¡cuántos todavía no te conocen y no te aman! Cuántos son todavía en esta pobre tierra los corazones de los que, al oir hablar de ti, preguntan: "¿Quién es María? ¿Quién es la Inmaculada?" ¡Pobrecitos! ¡No conocen a su Madre, no saben cuánto tú los amas; más aún, ni piensan siquiera en ello!...

No obstante esto, tú los amas igualmente y deseas que te conozcan y te amen, y adoren la infinita misericordia del Corazón divino de tu Hijo, de la que tú eres la personificación.

Pues bien, ¿cuándo todos ellos te conocerán, te amarán y se colmarán de tu paz y de tu felicidad?

Tu pequeño "El Caballero de la Inmaculada", por tu gracia se asoció a muchos otros de tus ardientes amantes y se empeñó en proclamar, aunque de una manera muy inexperta, tu bondad. Por su intermedio te dignaste atraer a muchos corazones, quisiste introducirlo en muchas casas, tanto en Polonia como fuera de sus límites; más aún, por su intermedio te dignas hablar a las almas también en lengua japonesa.

Todo esto es apenas un comienzo, porque ¿cuántas son todavía las almas que no saben nada de ti?...

¿Cuándo todas las almas que viven en el entero globo terrestre conocerán la bondad y el amor de tu Corazón hacia ellas? ¿Cuándo toda alma te retribuirá con un ardiente amor, hecho no sólo de sentimiento fugaz sino de la total donación de la propia voluntad a ti... para que tú misma puedas gobernar en los corazones de todos y de cada uno en particular y tú puedas formarlos a imitación del sagrado Corazón de tu divino Hijo, hacerlos felices, divinizarlos?...

¿Cuándo acontecerá esto?...

Empeñémonos todos en apresurar este momento, ante todo y sobre todo, permitiendo a la Inmaculada que se adueñe de modo indisoluble de nuestro corazón y, además, como instrumentos en sus manos inmaculadas y según nuestras posibilidades, conquistando el mayor número de almas para Ella con la oración, el ofrecimiento de los propios sufrimientos y el trabajo.

¡Qué gran paz y felicidad nos invadirán en el lecho de muerte,

al pensar que mucho, muchísimo nos hemos fatigado y hemos sufrido por la Inmaculada...! (SK 1159).

¡Nostalgia de una Madre!

En el mundo católico la devoción a la Virgen, bajo las distintas advocaciones, es una realidad que se palpa a diario en los templos y en las familias. En cambio, no faltan sectas y grupos religiosos que, en su afán proselitista, atacan con agresividad esa devoción.

El Padre Kolbe destaca, con casos concretos, que también en el mundo protestante y anglicano se siente la nostalgia de una Madre y está floreciendo la devoción mariana.

Además de las razones bíblicas, Maximiliano inserta una de exquisito sabor psicológico: "Donde hay vida, late un corazón de madre".

A menudo se escuchan y se leen afirmaciones llenas de asombro, según las cuales los católicos veneramos a María, la Madre de Jesús, de manera exagerada.

En una carta remitida desde Tokyo el 16 de octubre de 1934, estaba escrito: "Los fieles de la Iglesia católica veneran a María, la santa Madre de Dios, del mismo modo con que honran a Dios".

Sin embargo, la Iglesia católica no obra así, sino que venera a los santos solamente como fieles siervos de Dios y, sobre todo y de manera particular, venera a la santísima Virgen María, por ser Madre de Dios. La persona que escribió esa carta, seguramente no sabe eso.

María, la Madre santa, no dio a Jesucristo la divinidad. Ella engendró sólo el cuerpo de El. Pero Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre a la vez y, ya que la Virgen concibió y engendró al Hombre-Dios, Ella es plenamente Madre de Dios.

El culto rendido a María es, en la Iglesia católica, algo natural y fuera de discusión. Sólo entre los protestantes surgen dificultades por este hecho. Pero en los últimos tiempos también en medio de los protestantes es cada día más evidente la nostalgia de una Madre de la vida espiritual. Referimos los principales ejemplos.

En Alemania, en el año 1919, el autor protestante Jungnickel afirma: "La misma Iglesia protestante está en fase de congelamiento y se está acercando a la muerte. Es necesario llevar a sus seguidores a la Madre, es decir, a María. Haciendo esto, los fieles

protestantes se enfervorizarán y se mantendrán en vida". Lo mismo escriben en la revista "Hochkirche".

Tres o cuatro años atrás Karl Josef Baudenbacher, recopilador de la antología *"Marienblumen"* o *"Flores Marianas"*, recogió más de una centena de voces de protestantes sobre el argumento del culto a María.

En el volumen "Llamamiento a todos los cristianos evangélicos", publicado en noviembre de 1934 en Colonia, se habla de "los deseos de volver al culto a María" y, además, se dice: "Las madres de muchos grandes personajes, por ejemplo, la madre de Goethe o de los Gracos, santa Mónica, madre de san Agustín, santa Elena, madre de Constantino el Grande y muchas otras, son veneradas. Sólo una Mujer hace excepción, una sola está olvidada y abandonada, es decir, la Virgen María, Madre de nuestro Señor y Salvador". ¡Está escrito exactamente así! Hay también otros artículos escritos en el mismo estilo del precedente.

El mismo Lutero, en muchos pasajes de sus obras, proclamó la gloria de María y más tarde, en el siglo XVII, el obispo protestante de Islandia, Brynjolfur Sveinsson, compuso himnos marianos en latín.

En Walshingham, en Inglaterra, durante la reconstrucción de la iglesia protestante, ocurrida en el año 1931 —¡había sido edificada en el lejano 1061!—, el obispo Bertram colocó en el acceso de una capilla la siguiente inscripción: "Este templo fue edificado en honor de la Concepción de María, Madre de Dios, y en honor del nacimiento de Cristo, nuestro Señor".

En Holanda el protestante Cor Meerensy escribió en un folleto con el título: "Invocaciones a María": "Nosotros no tenemos cantos dirigidos a la Virgen, ni tenemos templos marianos ni imágenes de Ella. En la fiesta de la Navidad de Cristo apenas se hace una breve mención de María, mientras en el curso de todo el año Ella está casi olvidada. Nosotros protestantes nos apoyamos demasiado en el solo Antiguo Testamento y no nos acercamos a Cristo. Nosotros podemos acercarnos a Cristo sólo a través de María".

¡Qué fuerte es la nostalgia de la Madre!

Sí, y es una nostalgia razonable. En todas partes, donde hay un comienzo de vida, está presente el corazón de una madre que ama y vela solícitamente. ¿Por qué no deberíamos sentir los amorosos cuidados del Corazón de María también en la vida de la fe, en la vida sobrenatural, en la vida de la gracia, en la vida espiritual? ¿Por qué no podemos recibir la vida sobrenatural por la mediación de la Madre espiritual, María? (SK 1194).

Esbozo histórico de María

El Padre Maximiliano nos ofrece algunos aspectos de la vida de la Virgen, como apuntes para una serie de reflexiones más sabrosas.

En todo caso, el misterio de María gira todo alrededor de Jesús, del que recibe luz y vida, como la luna recibe su luz y sus características del sol.

Para conocer a la Virgen, tenemos una amplia gama de recursos. La Biblia es prioritaria; luego, la tradición, el estudio de los doctores, la piedad de los fieles, los impulsos de la psicología, las revelaciones privadas...

Finalmente llegó la hora del ingreso de María en el mundo. Nació en el escondimiento, en el silencio, en una pobre casa de una aldea de la Palestina.

Ni los libros sagrados hablan mucho de Ella. En ellos la vemos en la anunciación, al llegar a ser Madre de Dios. Seguimos su viaje a Belén, donde admiramos el nacimiento de su Hijo, Dios y hombre, en una gruta pobrecilla. Después, la fuga a Egipto, cuajada de ansiedades. La dura vida en un país extranjero y al fin el regreso a Palestina. El diligente hallazgo del pequeño Jesús, perdido en el templo.

Sucesivamente, ya al lado del Hijo, la vemos en las bodas de Caná de Galilea, donde solicita y obtiene el primer milagro en favor de los dos jóvenes esposos. Jesús comienza a predicar, mientras Ella permanece en su modesta casa, preocupándose por el destino de Él. El arresto, la pasión y el viaje hacia el Calvario. María vuelve a aparecer y acompaña a Jesús al lugar de la ejecución, está junto a Él en el momento de la muerte y aprieta contra su pecho su cuerpo helado, depuesto de la cruz.

Más tarde, la vemos todavía en el momento en que el Espíritu Santo desciende sobre los Apóstoles, mientras, como una buena Madre, permanece en medio de ellos e instruye a aquellos futuros Apóstoles. Transcurren aún algunos decenios sin ningún documento escrito hasta el momento de su partida hacia el paraíso, después de muchos otros años de vida al lado de Juan, el discípulo predilecto de Jesús.

La santa tradición no habla de Ella más dilatadamente. Otras cosas fueron narradas por algunos corazones amantes, mientras muchos particulares los podemos deducir también de revelaciones privadas.

De todas maneras, examinemos más cuidadosamente algunos momentos de su vida en Lc 1, 26-56; 2, 1-19; Mt 2,1-12; Lc 2,22-40; Jn 2,1-11; Lc 11,27-28; Mt 12,46-50; Jn 19,25-27; Hch 1,12-14; 2,1-4; Ap 11,19; 12,1 (SK 1312).

Criatura de Dios, Hija de Dios, Madre de Dios

El sabio pregunta para saber y el Padre Maximiliano tiene una pregunta apasionante: "¿Quién es María?"

La respuesta le nace de su corazón enamorado y es una proclamación de las grandezas y privilegios de la Virgen.

Por sí misma María no es nada, como las demás criaturas; pero por obra de Dios es la más perfecta de entre las criaturas. La más perfecta semejanza del ser divino en una criatura puramente humana.

Ella procede del Padre a través del Hijo y del Espíritu, porque es el Creador que de la nada, a imagen de sí mismo y a imagen de la santísima Trinidad, llama a los seres finitos a la existencia, por amor hacia las propias semejanzas finitas que ellos reproducen.

Los seres dotados de voluntad libre y de razón conocen y reconocen su procedencia y saben que recibieron de Dios todo lo que son, que pueden y que poseen en cada instante. Ellos retribuyen con el amor, tanto por lo que recibieron como por el hecho que Él, cual perfección infinita, es digno de un amor infinito. Por consiguiente, como seres limitados no pueden rendirle un amor infinito, pero quebrantan al menos las barreras que limitan este amor y luchan para conquistarlo.

La Inmaculada jamás tuvo mancha alguna de pecado. Esto significa que su amor fue siempre total, sin impedimento alguno. Amó a Dios con todo el propio ser, y el amor la unió a Dios de modo tan perfecto, desde el primer instante de vida, que el ángel en el día de la anunciación pudo dirigirse a Ella y decirle: "Llena de gracia, el Señor está contigo" (Lc 1,28).

Ella es, pues, criatura de Dios, propiedad de Dios, semejanza de Dios, imagen de Dios, hija de Dios, de la manera más perfecta posible a un ser humano.

Ella es el instrumento de Dios. Con plena toma de conciencia se deja voluntariamente conducir por Dios, se conforma a su voluntad, desea sólo lo que Él quiere, obra según su voluntad; y esto de la manera más perfecta posible, sin el mínimo defecto, sin

ninguna desviación de la propia voluntad de la voluntad de Él. Es un instrumento de Dios en el perfecto uso de los poderes y de los privilegios que se le concedió, para cumplir siempre y en todo, única y exclusivamente, la voluntad de Dios, por amor hacia Dios uno y trino. Este amor hacia Dios alcanza cumbres tales que produce divinos frutos de amor.

Su unión de amor con Dios llega a tal punto que Ella llega a ser Madre de Dios.

El Padre le confía a su propio Hijo, el Hijo desciende a su seno, mientras el Espíritu Santo forma, con el cuerpo de Ella, el cuerpo santísimo de Jesús (SK 1320).

"Con María a Jesús"

La visitación de la Virgen a su prima santa Isabel es uno de los misterios más deliciosos para la piedad mariana. Allí se refleja la solicitud de la joven de Nazaret hacia su anciana parienta en sus gozos y preocupaciones de madre.

El meollo del misterio es que María es la portadora de Cristo, es decir, portadora de su gracia, de su vida, de su amor, de su alegría, de su Espíritu Santo...

San Maximiliano Kolbe, con san Bernardo y san Luis María Grignión de Montfort, deduce que la devoción a María es "el camino más hermoso, agradable y seguro" para llegar al encuentro con Jesús.

"¡A Jesús por María!" A través de María se va a Jesús y es justamente el camino más hermoso, más agradable y más seguro. Confiándonos al Corazón de la Madre, ¡y de semejante Madre!, nos acercamos al Corazón del Hijo. He ahí la voz de esta solemne fiesta de la visitación. Y es María misma quien nos lo trae y de un modo extraordinariamente consolador, precisamente el modo que nosotros tanto necesitamos.

En realidad, nosotros somos miserables y pequeños, mientras Ella es una Señora tan grande y poderosa. En la anunciación la vemos a la vez sublime y humildísima, Señora y a la vez sierva, Madre de Dios y a la vez de un hombre, sin duda el más grande entre los hijos de los hombres, pero precisamente de un Hombre. ¡Qué diferencia existe entre la Madre de Dios y la madre de un hombre! Tal relación se presenta de la siguiente manera: María-mujer, Señora-sierva.

¡María! He ahí a Aquélla de la que tenemos absoluta necesidad. San Bernardo afirma que, en verdad, nadie puede tener o experimentar incertidumbre si va a Jesús, aún si está delante como juez ofendido, por medio de María y se abandona confiadamente a Ella.

Por cierto, delante del Hijo de Dios, a quien olvidamos y a quien desobedecimos, hay que tener temor, un santo temor; sin embargo, existe también María, una Madre tan buena y humilde, que se presenta a Jesús para suplicar en favor de los necesitados de su intercesión y de su protección (SK 1299).

María ayuda a conocer a Dios

El apostolado tiene por meta la Evangelización, o sea, hacer conocer a Jesús y su mensaje de luz y de vida.

Muchos son los medios y las posibilidades de la Evangelización. Maximiliano Kolbe es el apóstol de la Buena Prensa y su notable carisma fue el haber utilizado tanto la prensa como cualquier otro medio de comunicación social, para hacer conocer sus IDEALES marianos.

Tanto en Polonia como en el Japón, fundó dos ciudades marianas al servicio de la Inmaculada. En Polonia organizó más de media docena de revistas, entre las cuales se destacaba "El Caballero de la Inmaculada"; y en el Japón "Seibo no Kishi", o "Jardín de la Inmaculada".

Los que experimentaron la potente y misericordiosa intercesión de María, han de amarla mayormente. Además, ellos desean que también otros, que todavía nada saben de Ella, la conozcan.

Los que todavía no conocen a Dios, por intercesión de María lo conocerán lo antes posible; y, cuanto más conozcan a Dios, tanto más lo amarán.

Jesucristo, que es Dios, impulsado por un grandísimo amor hacia el mundo, asumió un cuerpo humano en el seno de la Virgen María.

El amor de la Madre y del Hijo es un misterio profundísimo. A los que sean capaces de comprenderlo, nosotros presentamos un pedido especial, o sea: "Sírvanse orar por el desarrollo del *Kishi* y enviarnos el mayor número posible de direcciones de nuevos lectores" (SK 1166).